

# Las misiones jesuitas del Gran Nayar 1722-1767. Aculturación y predicación del Evangelio

Jean Meyer\*

"El transplante y desarrollo del cristianismo católico romano al Nuevo Mundo constituye uno de los capítulos más importantes de la historia de Iberoamérica."<sup>1</sup> Se inscribe en un nudo de contradicciones nunca resueltas que se pueden resumir con algunas citas del Nuevo Testamento.

*"Id por todo el mundo, y enseñad a todas las naciones." (Marcos 16,15).*

*"El celo por la casa de mi Padre me devora."*

*"En la casa de mi Padre hay muchas moradas."*

*"Judío con los judíos, griego con los griegos."*

*"Angosta es la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida y pocos son los que dan con ella." (Mat. 7, 13-14).*

El concepto de aculturación (el cambio cultural inglés, la transculturación española, la interpenetración francesa) se aplica al fenómeno, si aceptamos su sentido de contactos entre culturas diferentes, contacto que significa: conflicto, ajuste, asimilación, rechazo, sincretismo, interacción recíproca. Dicho contacto lleva a una deculturación y a una reorganización cultural permanentes que ofrecen aspectos tanto negativos (siempre subrayados y denunciados) como positivos (generalmente olvidados o subestimados). Tiene por resultado una mutación, en el sentido botánico de la palabra: aparición de nuevas especies por el mestizaje de las culturas en interpenetración. La aculturación implica siempre una estrategia, consciente o inconsciente, empírica o planificada, ya trate de mantener la antigua cultura (en

"reducciones" o "reservas") o de asimilarla (mestizaje biológico, asimilación lingüística).

Para nosotros, la historia del contacto entre jesuitas misioneros y nayaritas presenta un interés doble: para la antropología en general y para el cristianismo en particular, en la medida en que toca al hecho socio-religioso de la "religión popular". O sea el hecho indiscutible que la vida religiosa del mundo cristiano se encuentra situada en niveles culturales muy diversos: en el marco institucional de una religión común, se mezclan, chocan, distinguen experiencias, vivencias, contenidos muy diferentes. La historia nos ayuda a entender este punto; la pastoral tridentina, Reforma católica que responde a la Reforma protestante, desata un proceso que se endurece en el siglo XVIII para oponer sin matices la religión de la Iglesia-institución a la religión popular. Tal fenómeno, adentro de una religión que se mantiene como religión de todos, es de hecho un acontecimiento cultural, en forma de intervención de una cultura universitaria progresivamente laicizante desde el siglo XIII, en un conjunto religioso en el cual la sociedad agro-monástica de un milenio había conjugado Evangelio, tradiciones, costumbres de las masas para elaborar una práctica hecha de fervores colectivos, culto de los santos y de las reliquias, esperanza del milagro, integración casi inmediata de los cultos precristianos con la cristianización de las fuentes, cuevas y alturas.

La Reforma protestante condenó ese viejo sistema, en nombre del culto "en espíritu y verdad"; la Reforma católica, a su manera, siguió el ejemplo. Tanto como una "depuración", como una "espiritualización", se trata de una modernización del cristianismo, según los criterios más sociales que religiosos de la modernidad. "Aggiornamento", "poner al día", "religión de hoy", las palabras son muy

\* Director del CEMCA.

claras, pero la religión de ayer no ha muerto aunque los analistas la disfracen y los pastores la nieguen en forma de "religiosidad"<sup>2</sup>. En el mundo cristiano hay, si no varias religiones, varios lenguajes, varios estilos que se yuxtaponen, cuando no se excluyen.

Podemos considerar este hecho básico como un hecho consubstancial, confirmado a lo largo de la historia. En los últimos siglos la tendencia a la exclusión, a la excomunicación se ha fortalecido y todos los discursos, ambiguos por interesados, sobre la "religión popular" no cambian esta realidad.

Lástima, porque a lo largo de 15 siglos se había desarrollado una asombrosa meditación teológica sobre el decir de Dios a través de la revelación y de los misterios. Se había profundizado el extraordinario tratado de antropología cristiano que concentra en una breve recitación lingüística el Credo de Nicea. Había sido comentado en un sentido abierto que permitía ver a los hombres "*sine ira et studio*", como reza el viejo dicho, sin imponer de antemano una sistematización filosófica. ¿Cómo analizar los actos, las pasiones, los fervores de los hombres, en su dimensión existencial, sin reduccionismo ni ostracismo, sin negación ni ocultación? ¿Cómo hacer para "ver", constatar, sin prejuicios, que "así son las cosas"? ¿Cómo entender la experiencia religiosa colectiva e individual de la humanidad? Se necesita respetar las cosas, los seres, sus actos.

En la modernidad se realizó la ruptura violenta y dolorosa entre un mundo de sacralidades tan viejo como la humanidad, y la búsqueda humana de santidad, diferencia que los santos de antaño, invocados para todos los fines, disimulaban con mucho cuidado. Esa coexistencia pacífica, paciente, pedagógica fue cultivada por el cristianismo oriental y por el catolicismo occidental, hasta la crisis europea del siglo XVI, la crisis de la Reforma que seguimos viviendo hoy en día.

Nuestros jesuitas del siglo XVIII novohispano vivieron ese tiempo, tiempo de la Iglesia, y tiempo del mundo (Siglo de las Luces). Vivieron sus contradicciones —nuestras contradicciones— entre el cristianismo reformado tridentino, el institucional digamos, y el inmenso, exuberante, deforme cuerpo de la religión común (criolla, mestiza e india) de los santos, de la Virgen, del Cristo, de los intercesores y modelos, imágenes en su figura y en su historia humana de la Corte celestial; el cristianismo irracional, digamos.

En el capítulo que estudio hoy no quiero ver más que la vitalidad conflictiva y creadora de las pulsiones y de las necesidades religiosas de la

subconsciencia colectiva. Ahí vemos a los hombres, a unas sociedades humanas, a través del enfrentamiento y del esfuerzo incansable, perseguir la meta inalcanzable de la transcendencia de sí mismo, algo como la plenitud, para ellos indispensable, de ser. Ofensiva, resistencia, encuentro, adopción, adaptación, se trata de un drama colectivo e individual en el cual todos salen diferentes: jesuitas "aindiados", indios neófitos, misioneros, curanderos, "chacuaqueños" cristianos. Todo eso cuesta penas, lágrimas, lágrimas de sangre y de gozo.

Para ellos fue importante, para nosotros sigue vital, para entender esos grandes complejos de estados religiosos, practicar el discernimiento, don cultivado por los padres del desierto y solicitado ardientemente por los espirituales. Discernimiento no es ni juicio ni composición, sino apertura, lucidez, candidez. Discernimiento es mirada hacia afuera y mirada hacia adentro, intuición, aprehensión, descubrimiento de cosas difíciles de ver.

Para terminar con esa larga introducción, permítanme citar al lúcido Pascal: "*La religion est proportionnée à toutes sortes d'esprits. Les premiers s'arrêtent au seul établissement; et cette religion est telle, que son seul établissement est suffisant pour en prouver la vérité. Les autres vont jusqu'aux apôtres. Les plus instruits vont jusqu'au commencement du monde. Les anges la voient encore mieux, et de plus loin.*"<sup>3</sup>

## I - La extirpación de la idolatría

### 1. Los antecedentes

Para extirpar se necesitaba definirla. Tal definición resultó poco más que imposible. El campo de la idolatría siempre ha sido inmenso y variable abarcando o no todo o parte de las religiones no cristianas, de la cultura, de los alimentos, de la economía, de la sociedad. Para el especialista había casos obvios y casos ambiguos; distinguir entre lo lícito y lo ilícito no fue más fácil en el siglo XVIII que en tiempo de Moisés. Sobraba la materia para una casuística ligada a los temas de la preparación providencial, de la parodia demoníaca, de la duplicidad ritual de los indios, del sincretismo.<sup>4</sup> La Compañía de Jesús enfrentó el problema casi desde sus inicios, al llegar a América. El P. José de Acosta en su tratado sobre la extirpación (1589) y en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590) manifestó un prudente racionalismo frente a todas las manifestaciones

sobrenaturales pero al retomar la distinción clásica entre falsa y verdadera religión, retomó la distinción no menos clásica entre idolatría y latría, siendo la primera el negativo de la segunda. Para Acosta el fenómeno es universal, normal en ausencia de la gracia, y difícil de erradicar por su antigüedad misma. No existiría sin el demonio quien en su soberbia y envidia engendra la "superstición" como réplica de la fe. Por eso los idólatras tienen sus sacerdotes, sus santuarios, sus sacrificios; bendicen, consagran, confiesan.<sup>5</sup>

Su contemporáneo el P. Matteo Ricci S.J. abrió en la misma época el importante capítulo de los "ritos chinos", mientras que el P. Roberto de Nobili S.J. hacía lo mismo para la India con los "ritos malabares". Volveremos sobre este punto a la hora de la conclusión.

En los escritos de Acosta vemos que la Compañía otorgaba mucha importancia a un asunto de cuya complejidad no dudaba. Buscaba su camino y, sin excluir el rigor y el castigo, subrayaba la importancia de la persuasión, de la dulzura y del amor.

En primer lugar, lo más importante para Acosta es desarraigarse de los indios "el amor y sentimiento de la idolatría", ya se trate de infieles o de neófitos. La supresión de los monumentos de la idolatría no es menos necesaria, pero debe realizarse sin lastimar, progresivamente y con precaución, mientras que al mismo tiempo se irá inculcando en los indios el hábito de los cultos cristianos. En lo concerniente al neófito, antes que a la violencia se recurrirá al agua bendita, las imágenes, el rosario. Poco a poco, la buena moneda desplazará a la falsa, porque "esforzarse en quitar primero por fuerza la idolatría antes de que espontáneamente reciban el evangelio, siempre me ha parecido —dice— cerrar a cal y canto la puerta del evangelio"; y destruir brutal y fríamente las *huacas*, y obligar a latigazos —lo que es habitual— que los indios revelen sus emplazamientos, es una mala táctica, "porque arrancando de manos de los indios contra su voluntad los ídolos, se los meten más en el corazón".

En cambio este mismo método parece aceptable a Acosta, si se trata de apóstatas. Cuando se refiere a éstos "era la inmensa mayoría de los fieles indígenas de la época" la doctrina se hace mucho más severa. Como práctica edificante, al principio se debe dar la prioridad a la persuasión y a la refutación teórica y hacer todo lo posible para extirpar, en primer lugar, la idolatría del alma de los reyes, de los curacas y de los notables, es decir, se pone en prác-

tica, en ese dominio, la política selectiva que es tradicional en la Compañía, cuya esfera de influencia recae especialmente sobre los grupos dominantes o los jefes. Pero no se dudará en castigar con todo rigor a los hechiceros que persistan en el error, y en destruir los ídolos y las *huacas*, que se buscarán sin descanso.

Así, pues, también los altares de piedras que los indios veneran en lugares apartados serán arrasados, y sus fragmentos arrojados en sitios donde no puedan volver a ser objetos de adoración.

La Compañía, a través del tratado de su provincial, bosqueja, por consiguiente, una política de extirpación en la cual la persuasión y la represión se combinan, en proporciones que varían según las circunstancias. Así, a partir de 1600, el rigor represivo de la visita de las idolatrías, podrá también ser reivindicado sin contradicción alguna, por los principales enunciados en *De Procuranda*.<sup>6</sup>

En cuanto a lo que nosotros llamaríamos "cultura", el punto de vista de los jesuitas era el siguiente: se deben respetar leyes, costumbres, modo de gobernar, todo lo que no es contrario a la "ley cristiana y natural". "No conviene hacerles españoles en todo porque es gran perjuicio para su gobierno y república dellos".<sup>7</sup>

La doctrina encuentra su formulación definitiva en *De Procuranda*, de Acosta:

Oficio nuestro es ir poco a poco formando a los indios en las costumbres y la disciplina y cortar sin estrépito los ritos supersticiosos y sacrílegos y los hábitos de bárbara fiereza; mas en los puntos en que sus costumbres no se oponen a la religión o a la justicia, no creo conveniente cambiarlas; antes al contrario, retener todo lo paterno y gentilico con tal que no sea contrario a la razón, y fallar así en derecho como lo ordenan las disposiciones del Consejo de Indias. En todo lo cual no poco yerran algunos, ya por ignorancia de los estatutos municipales, o por celo exagerado y prematuro de comunicarles nuestras cosas y usos.<sup>8</sup>

En su *Historia*, Acosta concluía:

Es digno de admitir que, lo que se pudiera dejar a los indios de sus costumbres y usos es bien dejallo; y conforme al consejo de San Gregorio, papa, procurar que sus fiestas y regocijos se encaminen al honor de Dios y los santos cuyas fiestas celebran.<sup>9</sup>

En el siglo XVII, por lo menos en el Perú, ese liberalismo optimista en la mejor tradición romana

—que le valió a Roma “la vieja pagana”, “la prostituta”, el odio de los protestantes— pareció decaer cuando la Compañía participó en las grandes campañas de extirpación de la idolatría, magistralmente estudiadas por Pierre Duviols (1971).

Seguían tomando al demonio en serio, pero mencionaban la miseria y la ignorancia de los indios como factores importantes. Para los jesuitas, el idólatra peruano era redimible y de ninguna manera intrínsecamente perverso. Víctima del diablo o de sus propios errores o pasiones, no era un pernicioso hereje.

Buenos observadores del sincretismo religioso, los extirpadores consideraron la idolatría como una enfermedad, eventualmente contagiosa: podía afectar a los negros o a los españoles; al mismo tiempo mencionaron que las “supersticiones” de los europeos y africanos también eran contagiosas y no muy diferentes de los “ritos supersticiosos y sacrílegos” de los indios.

Pensaron que para extirpar la idolatría había que conocerla bien y se convirtieron en notables etnólogos; luego, después de la extirpación (destrucción por el fuego de la ropa, plumas, instrumentos, momias, osamentas, cruces en las alturas etc.), había que prevenir la reincidencia poniendo fin a la dispersión de la población en innumerables y pequeñísimas rancherías para “reducirla” o “congregarla” en verdaderos pueblos. Los jesuitas siguieron sin embargo en su voluntad de no mezclar a los indios con los españoles.

## 2. El Siglo de las Luces

El asunto de la idolatría, si bien era siempre recurrente, no tenía mucha importancia en México<sup>10</sup> desde fines del siglo XVI. Menos tuvo en el siglo XVIII cuando Mariano Veytía en su *Historia antigua de México* o Clavigero (1780, ed. italiana de su *Storia antica del Messico*) “des-satanizaron” la historia prehispánica y abrieron el camino a fray Servando. En la práctica se adoptó frente a una idolatría concebida como superstición, una actitud paternalista frente a una pobre gente ignorante. Se trataba nada más de “usos, abusos y costumbres”, semejantes a las supersticiones populares europeas denunciadas por el P. Benito Feijó'o en su *Teatro crítico universal* (1727-1741).<sup>11</sup>

El tiempo del siglo cambiaba además todo: el estado y sus servidores laicos como eclesiásticos (seculares) dejaba de pensar en términos de evan-

gelización o de cristianización a la hora de la guerra del Paraguay y de la expulsión de los jesuitas (1767). El siglo XVIII se termina con encuestas sobre las “antigüedades y los monumentos” en las misiones, en términos más arqueológicos que antropológicos, y poco religiosos.

## II - El Gran Nayar

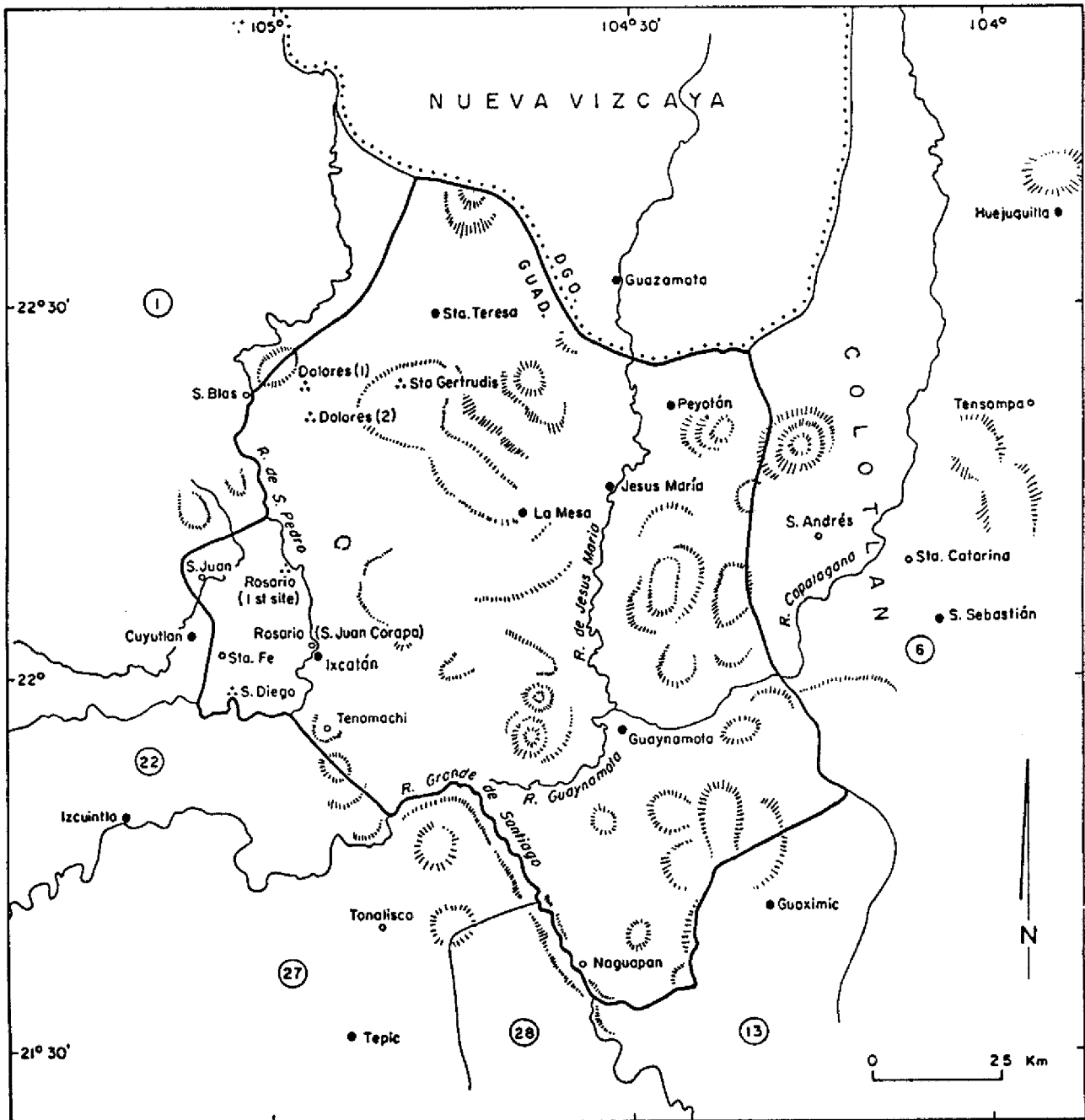
### 1. El momento y el lugar

El siglo XVIII, que fue muy breve para los jesuitas, fue un siglo glorioso para la Compañía en México. Misiones relativamente antiguas y otras nuevas florecieron en California (1697), Coahuila, Sonora, Tarahumara y Nayarit (1722), justo cuando llegaban a su clímax las misiones del hemisferio sur, pero cuando precisamente la Compañía perdía en Roma la larga batalla de los ritos chinos y malabares.

En el siglo XVIII los jesuitas llevaron a cabo en el Gran Nayar otro “rudo ensayo”<sup>12</sup> para lograr la transición de la idolatría al catolicismo. No cabe duda que se pueden encontrar elementos utópicos en esa tentativa religiosa a la vez que social, económica, demográfica y tecnológica: en efecto, las misiones todas empezaron con una revolución en el hábitat, una redistribución y concentración de la población en sitios escogidos, tanto para desarraigar a los nayaritas de sus implantaciones anteriores (o sea borrar su geografía religiosa), como para crear un nuevo tipo de hombre: más agricultor, más sedentario, más pueblerino, es decir, viviendo en unidades demográficas mayores, todo eso para fines de educación y policía (en el sentido mayúsculo de la palabra).

Se trataba de crear un nuevo tipo de hombre, un hombre cristiano ciertamente, pero también un agricultor sedentario, agrupado en pueblos y en familias monógamas. No parece haber sido la intención de los jesuitas hacer de este hombre nuevo, un hombre hispánico. Tal programa era por lo menos revolucionario, aunque los recién dominados nayaritas hubiesen incorporado muchas novedades tecnológicas y culturales a lo largo de los dos siglos de contacto con el mundo novohispano circunvecino.

No todos los jesuitas actuaron de la misma manera a lo largo de los años 1722-1767; en esas diferencias intervinieron las personalidades de cada uno, pero también el tiempo: impaciencia y paciencia, esperanza y desaliento, pesimismo y coraje. Pero, en general, no dejaron de perseguir su meta



● Parroquia o misión      ○ Aldea      ⋯ Sitio abandonado para 1786

Fuente: Peter Gerhard, *The North Frontier of New Spain*, Princeton 1982: 111.

El Gran Nayar

de transformar a los nayaritas en buenos cristianos. Tal fue la meta principal, todo lo demás eran medios para conseguir lo deseado.

Hombres de acción, hombres de campo, capaces de aguantar situaciones extremosas,<sup>13</sup> formados a adaptar las enseñanzas teológicas a las realidades concretas —¿será esto un elemento de su famoso “laxismo”?— no tardaron en toparse con las mismas autoridades que les habían entregado la “reducción y pacificación”, que no conquista, del Gran Nayar: 7 misioneros, unos 25 soldados y unos 5 000 (¿o más?) indios. Los jesuitas del Siglo de las Luces, al perseguir la conversión de los indios, no quisieron entregar una mano de obra dócil a los mineros y a los colonos, tampoco permitirles a esos “vecinos” el acceso al Gran Nayar, a sus tierras, pastos, bosques y posibles minas. Poco a poco el Estado les retiró su apoyo y se identificó, a través de sus funcionarios, con los intereses de mineros y colonos. Vemos a los comandantes adquirir ranchos y minas y molestarse porque los padres no les dejan sacar cuadrillas de trabajadores.<sup>14</sup> Eso explica las críticas muy severas y hasta violentas, para no decir subversivas,<sup>15</sup> que los jesuitas expresan en su correspondencia interna.

Los Capitanes de ella [vuelvo a decir] olvidados ó haciéndose olvidadizos del fin primario a que el Rey nuestro señor, les tiene puesto la espada en la mano, en vez de emplearla en servicio de las dos Majestades, derribando ídolos al lado de los Padres Misioneros, se han dado tal maña, que han hecho de la espada, garabato, conque a título de Capitanes, y agarran a los soldados la mayor parte de sus sueldos y agarran a los indios lo que pueden; agarran a los españoles lo que se les antoja, y porque a nosotros no tienen qué agarrarnos, nos agarran de la sotana, y la desgarran. Porque nos miran como fiscales de sus acciones y como a los únicos de quienes se deben recelar; por eso no dejan piedra por mover en contra de nosotros: incitan a los indios para que formen quejas supuestas contra sus Padres Misioneros; los Capitanes mismos fingen otras que les salen a la cara, [como en esta carta habrá reflejado VR] y mientras dura esta música desconcertada, está boyante la idolatría: bailan los indios en las barrancas sus mitotes gentílicos, a los que asiste muchas veces el diablo visiblemente, como los mismos idólatras han declarado. (Meyer *op. cit.*: 173).

Quizá valga la pena mencionar como factor de inconformidad, además de la autonomía tradicional, el

reclutamiento cosmopolita de la Compañía (el P. Jacomo Doye, el P. Bartolomé Wolff y en otras partes los Pfefferkorn, Link, Nentwig, Neumann y tantos germanos, checos, húngaros).

El Gran Nayar se encontraba a la frontera de las altas culturas prehispánicas, agrícolas y urbanas. Era como un baluarte de rústico “desorden”. Sus tribus algo nómadas y bastante bélicas siguieron amenazando a las campiñas vecinas hasta 1722 cuando los jesuitas enfrentaron el reto mayor, ya conocido en otras partes, de transformar a esos hombres bárbaros pero perfectibles. Los obstáculos eran muchos: además de la geografía, del clima y de las plagas, la dificultad de lenguas múltiples y la capacidad protéica de resistencia de pueblos tan desconfiados como valientes.

Los jesuitas se lanzaron a la obra gigantesca de enseñarles a vivir en una sociedad agrícola, de pueblos, con una casa para cada familia: lo que implicaba destruir a los clanes y dividirlos en familias mononucleares y monogámicas y agrupar a esas familias en pueblos. Esa labor era una parte esencial de su proyecto religioso.

Hoy tocó una parte, para nosotros más espectacular (la extirpación de las idolatrías) porque nos es culturalmente, psicológicamente alejada, difícil de entender, poco “racional” para la “racionalidad” de nuestras mentalidades. Pero insisto, la otra parte fue también revolucionaria y, posiblemente, en su tiempo, más espectacular, más asombrosa, para los nayaritas.

### 2. El método

En su época, Miguel Caldera, el famoso “capitán mestizo” puso fin a la guerra chichimeca con una política de conciliación combinando amnistía, sobornos y evangelización, lo que Powell llamó con tino un “cristianismo de granos”. Parece que en aquel entonces los jesuitas criticaron su manera blanda de convertir a los chichimecas; por lo menos eso se puede leer en Alegre, Francisco de Florencia y Andrés Pérez de Rivas.

Unos 125 años después, los indios fronterizos recordaban aún al “Capitán mestizo” y los jesuitas, sin perder sus afanes apostólicos, habían aprendido algo de su método.

En la reducción —que no conquista— del Nayar, después de la manifestación de fuerza inicial (1722) se utilizaron métodos no violentos, pero siempre teniendo a la mano algunos soldados, por lo menos.

Mota Padilla (1724) escribió que en el Nayar “albergue de la gentilidad” era “difícil la reducción por la predicación, porque no eran sólo los indios gentiles sino apóstatas, y por eso más obstinados”. Concluyo que “sólo lo conquistado con mano fuerte se conserva” y “que con mano fuerte se le haga a la gentilidad rebelde doblar la cerviz y oír dicha predicación”.<sup>16</sup>

Thomas de Solchaga SJ había señalado, en 1716, el obstáculo significado por los apóstatas quienes “para conservar la libertad de conciencia, los inducen a que no se conviertan”.

Después de la breve campaña militar de 1722, la destrucción de los objetos, o su cristianización, o su sustitución apareció como una primera etapa, pronta y fácil. Resultó después que se trataba de una empresa nunca terminada, de un asunto recurrente al cual se le podía dar más o menos importancia según las circunstancias, según los temperamentos alarmistas u optimistas de los padres.

Simbólicamente la toma de la Mesa del Nayar fue acompañada de la destrucción por el fuego del “adoratorio del Sol y algunos idolillos más”, así como de “un cuero manchado de sangre en que sacrificaban los niños matando una criatura cada mes para darle de comer al sol”.<sup>17</sup> Empezó en seguida la congregación de la población, fundación de pueblos y se bautizó a la gente.

El P. Antonio Arias SJ después de quemar “todos sus encantos y jacales”, inmediatamente mandó a México el esqueleto del Gran Nayar “el indio grande por quien se dirigían por arte diabólico” y la piedra del Sol “a quien tenían por su dios”.

En México, el provisor de naturales del arzobispado de México intentó un proceso al “ídolo del Gran Nayar” (1722-1723) al término del cual el esqueleto resultó condenado y quemado el primero de enero de 1723!

Declaramos por ídolos el esqueleto e imagen del Sol grabado en el vaso marmórico, por indebidos los paramentos de su adorno y por falsos y prohibidos los cultos y sacrificios con que le solemnizaban (...) y para que los nayaritas permanezcan en la sagrada religión de nuestra santa fe católica y no peligren reincidiendo en la idolatría en que el demonio, los tenía engañados por medio de este esqueleto de su Hueitlacal en quien les hablaba para que le ofreciesen por víctima la inocente vertida sangre de muchos niños...

Al principio reinó el optimismo. Según el P. Arias “los muchachos son docilísimos, ¡así fueran los vie-

jos!” El levantamiento de enero de 1724 fue atribuido por los jesuitas a la codicia de los soldados, protestaron contra la represión, apelaron a la clemencia del virrey y le presentaron las “justas quejas de los indios” de 11 pueblos “casi todos bautizados”.

Oficialmente siguió la euforia: en 1729, cuando el arzobispo de Guadalajara, Gómez de Cervantes, visitó las misiones, la crónica jesuítica le hace exclamarse: “Dios sabe el consuelo que ha tenido mi corazón, viendo a estos indios más adelantados en la fe, aun no teniendo 7 años de su conversión, que muchos pueblos cristianos con casi 200 años de reducidos”.<sup>19</sup> Pero si la “nación nayaritica es docil y cariñosa”, si manifiesta “veneración y amor a los misioneros”, los apóstatas son malos, se queja el P. Cristóbal Lauria. Denuncia también muy duramente la calamidad de los soldados y apunta que “los naturales pasan la mayor parte del año en las barrancas, en borracheras, en idolatrías y otras maldades” (1727).

En 1729 y en 1730 los misioneros organizaron varias expediciones para descubrir y quemar “adoratorios falsos” “mas de 60 gentílicos adoratorios”, poco a poco señalados “por medio de los indios mas fieles”. En marzo de 1730 el P. José de Ortega, buen conocedor del idioma cora, denunciaba “los progresos de la idolatría”. En noviembre se felicitó de haber quemado con sus colegas “los pajisos adoratorios en que el demonio con sus embustes tenía como hipoteca de la ruina total de los nayaritas”. El P.J.X. García señaló entonces que los indios fronterizos (no son de las misiones) de San Diego le “tienen odio porque nunca les he consentido sus maldades” y que “tienen adoratorio”.

Unos días después, al volver de una cremación, la tropa cayó en una emboscada; todos los soldados resultaron heridos, pero los asaltantes, tecoalmes de San Pedro Izcatán sufrieron 15 muertos. Ortega comentó el 12 de diciembre de 1730: “Saltó aquella chispa que yo temía (...) porque el demonio experimenta cada día más ultrajes en la destrucción de sus pajisos adoratorios”. A paso acelerado destruyeron “ídolos” en Santa Teresa, Dolores, El Rosario, San Pedro... o sea en todas partes.

### 3. La tela de Penélope

Cuando Ortega menciona al diablo (no abusa de la referencia) no parece hacerlo de manera retórica, parece convencido. Claro, para él y sus colegas, los ídolos tienen una existencia puramente material y

pueden destruirse; pero teme la eficacia simbólica que tienen para los indios. Por eso se toman la molestia de buscarlos para destruirlos, por eso la "extirpación es indispensable", por eso persiguen con tanta obstinación a los "señores ídolos", esqueletos en sus cuevas.<sup>20</sup> A su manera toman en cuenta la realidad del "otro" y en serio la "verdad del gentil".

Vale la pena comparar esa "verdad" en el Nayar del siglo XVIII y en los Andes del siglo XVII. Citamos a Pierre Duviols:<sup>21</sup>

Para los indios "son de mucha veneración —escribe Avila— los cuerpos de los difuntos sus progenitores, a los cuales tienen en cuevas y lugares apartados, y a éstos adoran como a dioses. Y a algunos les mudan la ropa y los hacen sacrificios cada menguante y luna nueva". Estos muertos, estos *malquis*, son los que han otorgado y continúan otorgando la vida. El término *malqui* tiene muchas acepciones: significa los cadáveres, las momias de los antepasados, planta tierna, semilla. Los *malquis* conceden las buenas cosechas, pero para que sean propicios se les debe nutrir y ofrecer sacrificios puntualmente. Se les consulta cuando hay que tomar decisiones, por intermedio de *camachicos* especializados. Pero ante todo es necesario asegurarles las condiciones necesarias para que algún día puedan revivir, resucitar: es necesario salvaguardar su integridad física: sus cuerpos deben ser depositados en los *machays*, de modo que la tierra no pese sobre ellos.

Ese culto a los muertos estaba íntimamente ligado a la genealogía del clan y localizado por naturaleza ya que estaba ligado al territorio y a la tierra. Implicaba la existencia de ídolos fijos, inmóviles en su cueva o en su altar. El sitio no se podía cambiar por lo mismo. El combate contra la idolatría, su "extirpación" intentaba destruir al mismo tiempo el "paganismo" y erradicar los fundamentos del sistema de parentesco. Combate sin fin, ya que siempre alguna gente lograba sacar algún objeto o fragmento de "los objetos de su diabólica adoración" para ocultarlo en otra parte.

Vamos a citar un largo documento<sup>22</sup> para ilustrar todo esto. El P. Urbano Covarrubias describe el esqueleto encontrado en una cueva:

Un señor ídolo con sus secos huesos cubiertos de adornos, por morrión un sombrerillo de feos e inmundos orillos de paño; servían de peto y armador, otros tales lienzos en que se distinguían figuras horribles de demonios; le ceñían, por un lado y otro, dos antiquísimos espadines manchados de sangre humana que, según se

colige de sus antigüedades, servían de crueles instrumentos para los inhumanos sacrificios que allí se le hacían, y dejando aparte otras menudencias, tenía a sus pies, vasijas de bronce ensangrentadas como también lo estaba lo más del diabólico ropaje, con la sangre que salpicaba de los crueles sacrificios que se mandaba hacer este enemigo feroz del linaje humano.

(Registró con sus mismos ojos muy por menudo el referido padre Urbano estas cosas, para formar con la mayor fidelidad que pretendía, esta historia).

Mal escarmentado el soberbio espíritu en su primera caída desde el empíreo, por querer volar con ajenas plumas, se dejaba ahora adornar de hermosísimos plumeros, tanto más horribles por mal aplicados, cuanto más exquisitos por su natural hermosura; en lo restante de aquel diabólico templillo o infernalísimo adoratorio se veían, dispuestas con descompasado orden, diversas figuras de animales; instrumenticos curiosos de acero, sin poderse averiguar sus oficios; se admiraban enarbolados, curiosísimos y distintos pendones de guerra; colgaduras de diversos colores y hechizos, todas de algodón, en un gran número; servían al trono tapetes y alfombras de la misma materia y curiosidad; en los cuatro ángulos del adoratorio se veían, en gran cantidad, diversidad de flechas que distintas naciones circunvecinas tributaban a este demonio; desde las fronteras de Guajuquilla, por el Oriente, según sus antiguas tradiciones, hasta las costas de la mar, por el Poniente, y de Norte a Sur, las más naciones confederadas, que fuera largo referir. Admiramos rodela y adargas bordadas de hermosa plumería, antiquísimas, que contenía en referido adoratorio, que, según dicen sus viejos, servían éstas en las antiguas guerras con que acabaron de asolar el vecino pueblo de Guainamota el Viejo. No cuento la infinidad de menudencias que con cuentecitas, cintas exquisitas, piedras y otras brujerías de colores, se veían laboreadas tanta infinidad de flechas; con inmensidad de mantas de algodón, unas razonables y otras deshaciéndose ya por lo muy tierno de sus antigüedades; finalmente, hacía todo una armonía tan disonante y horribilísima, que turbó el primer ímpetu de nuestros dos cristianos campeones, de que recobrados un tanto, haciendo mención de la Fe de Jesucristo y la profesión de soldados, por desquitar el primer miedo, arrebataron el buen ídolo a puñados y golpes, con tal ímpetu que a breves lances le destruyeron en menudas piezas y ultrajaron con mayor número de baldones y oprobios, que mal de su grado salió con prisa el soberbio espíritu desamparando la fría naturaleza de aquellos huesos, y recogiendo

nuestros españoles, todo lo más razonable que pudieron acomodar para el transporte, sin el riesgo de muy embarazados, dejando, como en la otra entrada, ahora estos dos adoratorios destruidos, rociados con agua bendita y asegurados aquellos sitios con dos altas cruces, dieron la vuelta trayendo aquellos despojos, con no pequeño riesgo, de los indios de quienes algunos ya maliciosos, andaban por allí alborotados.

En 1745 el P. Jacomo Doye contó sus campañas:  
(en Santa Teresa, Quaimaruzi)

25. Pero ya iba yo perdiendo más y más el rezelo a estos mis laguneros, quando, bolviendo de la Mesa del Tonati, acompañado de algunos de ellos, sin soldado alguno, me llevaron ellos mismos a quemar un adoratorio que tenían poco distante del camino. Déjelo destruido y restituíme gustoso a este pueblo, pocos días antes del año siguiente 1731, en cuió día primero, se mudaron los oficiales de justicia, los quales, luego, se ofrecieron a llevarme a los adoratorios que les quedaban que destruir, más distantes.

26. Admitilo al instante, y, acompañado del nuevo gobernador y de otros algunos señalados, en número competente, fui caminando, antes de mediodía, a todo passo de la bestia; y, habiendo andado como quatro leguas, al norteste, llegué al primer adoratorio, donde los de mi comitiva se pusieron, por disposición propia, en dos hileras. Passé por medio de ellas, yendo, delante de mí, el chirimitero del pueblo y tocando alegremente su instrumento. Apéeme junto al *hueicali*, en cuió suelo, estaban amontonadas muchas cabezas secas de venados con sus astas. Saqué, de las ofrendas supersticiosas, lo que cómodamente pude llevar. Planté una santa cruz, delante de la qual, arrodillados estos mis neóphitos, mandéles rezar las oraciones ordinarias de la doctrina christiana, mientras daba yo a las llamas el xacal diabólico. Lo mismo y de la misma manera, passé, luego, a hacer a otros dos adoratorios, poco distantes del primero. Y me vine, bien consolado, de haver principiado, el año nuevo, con tan buena obra. Ofrecí a la dolorosa circuncisión del niño Jesús el duríssimo frío que me daba en aquellos pinales, a la primera noche, como por espacio de tres horas. Y bolví, finalmente, a mi xacal a tomar el necessario descanso.

27. En todas las referidas destrucciones de los adoratorios que esta nación havia tenido ocultos, sólo me desconsoló el no haver podido hallar, en ellos, el principal objeto de su idolatría, que era, de ordinario, ya una piedrita lisa, ya una culebrita seca o otra savandija, en la qual invocaban al demonio y, a vezes, con tanta ternura de corazón, según ellos mismos me lo dixerón,

que les salían las lágrimas de los ojos. Pedíanle los librasse de los males que padecían, conservasse sus siembras, les ayudasse en la caza de venados y demás animales silvestres que infestan estos montes y, por fin, pedía cada uno lo que más deseava.

28. Desde el primer adoratorio que fui a quemar, según queda referido, en compañía del comandante Carranza, me entró la sospecha, bien fundada, de que algunos de esta gente se havían adelantado, por ocultas veredas, a sacar los objetos de su diabólica adoración; y conocióse, por los vestigios frescos que havían dejado, a ocultar su ídolo en alguna cueva. De donde colegí que aún les quedava la idolatría arraigada en el corazón.

29. Este ha sido, después acá, el principal de mis cuidados y congojas, de suerte que, a fuerza de predicar y amenazarles, me entregaron, por fin, algunos de estos idólatras los ídolos que havían tenido escondidos.

30. Assí se me passó el segundo año de esta administración, asta el siguiente, bolviendo del pueblo de Dolores, el qual, como dixé, estava también de mi cargo.

31. Supe que, en mi ausencia, havia havido aquí una compartación con baile, a la usanza de su gentilidad, quando festejavan a su ídolo de Quaimaruzi, que dio su nombre a este pueblo. Conocí que aún no lo havían renegado. Eso se me confirmó, después, quando el uno de los dos sirvientes taraumares que havían quedado conmigo, havia, casualmente, encontrado al dicho ídolo en un monte, poco distante del pueblo.

32. Llegóse el año quarto, que era el de 1733, quando, con ocasión de buscar piedras para los cimientos de una casa real, subí, con sólo un criado mío de esta nación cora, el qual me llevó a donde le mandava y hallé el referido ídolo, llamado, en esta lengua, *Tatequat*, que quiere decir dios nuestro. Eran tres piedras puntiagudas, paradas en forma de bonete, en un montoncito de piedras sueltas, sin cubierto alguno, de modo que hallé podridas las flechas y demás cosas supersticiosas que allí havían ofrendado, quizá antes de la conquista. Haviendo derribado y tirado, por el suelo, las tres piedras, erigí, en el mismo lugar, una crucecita, a la qual, en compañía de mi sirviente, hize una breve adoración con deprecación y me bajé a mi povre domicilio, bien contento de haverse logrado aquellos passos que a pie anduve.

33. A los quatro o cinco años después (1738) acá llegó a mí noticia que la cora más vieja, madre y abuela de gran parte de este pueblo, cuió marido havia quedado muerto de un escopetazo que le dieron los soldados, en el referido alzamiento, pocos días después de la muerte que estos bárbaros havían dado a su gobernador don Domingo de Luna, esta vieja lagunera, llevada de

su diabólica devoción, había restaurado el dicho su ídolo de Quaimaruzi. Luego que lo supe, mandé traer las tres piedras supersticiosas, aunque bien pesadas, y ponerlas al pie de la santa cruz, erigida en el patio de esta iglesia. Entregóseme, juntamente, una petaquilla, bien pequeña, de palma, en la qual había un medio real, embuelto en trapitos, que estuvo escondido debajo de las piedras sueltas del referido montón. No pudo negar esta mujer idólatra que ella misma lo había ofrendado a su *Tatequat*, a fin de conseguir que algún airón no tumbasse ni destruyese las milpas de sus hijos, como, en gran parte, un mal temporal del año antecedente lo había hecho. Por fin, con un moderado castigo que le dio, en su visita, el señor comandante, quedó corregida la engañada sencillez de la mala vieja.

34. Por septiembre de 1739, volvió a la ordinaria visita de estos laguneros el capitán comandante don Antonio Serratos, quien, de soldado conquistador había pasado, por los inferiores grados de milicia, asta el supremo de comandante de los tres presidios que tiene para su defensa este Nayarit. Esmeróse el señor comandante, en esta visita, destruyendo, personalmente, un adoratorio que tenía escondido otra mala vieja de este pueblo y descubriendo otro más famoso que pertenecía, principalmente, al pueblo de San Lucas, que con éste confina por el oriente. Los demás pueblos que allí concurrían a idolatrar, aun siendo de christianos más antiguos que administraban los Padres franciscanos, han sido conocidos por la diferencia de las flechas que cada pueblo había ofrendado a este ídolo principal, el qual, asta ahora, no se ha hallado.

35. El nuevo capitán de este pueblo que, en esta su visita, puso el señor comandante, estrenó su officio con toda satisfacción, haviendo ido, con unos compañeros suyos, a quemar el célebre adoratorio. Traxo con las muchas flechas y demás cosillas diabólicas, un *chimale* tejido de lana diferente sobre carrizo a modo de adarga pequeña, que era la insignia del famoso ídolo. Con este *chimale* iba a tiempos señalados un emissario de aquel pueblo a comvidar y convocar a los demás convecinos a una adoración general la que por fin se terminava en temulentos bayles y en los abominables excesos que, sin duda, hacían con mujeres.

36. El nuevo capitán, cargado de los referidos despojos, volvió de su expedición, el día siguiente, a la tarde, que era el del glorioso príncipe y capitán celestial san Mighel.

37. Estos se juntaban con otros muchos que el señor comandante había descubierto, entre unos viejos de este pueblo, a los quales, como más obstinados en la idolatría, había dado cárcel desde el día antecedente. El siguiente, que era el de san Jerónimo, mandó amarras-

sen al palo de justicia los quatro viejos principales, cercados de un montón de leña; y armado el comandante de sus carabinas y los soldados de su compañía con sus escopetas, puestos alrededor, en armas, hizo encender la hoguera.

38. Había venido el R.P. guardián de Guazamota, Fr. Manuel Fernández, de nación portuguez, a celebrar con nosotros la fiesta de san Mighel, con missa cantada. Le persuadí acudiesse conmigo a suplicar al señor comandante comutasse tan terrible suplicio con otro castigo que sirviese a la emienda de los quatro miserables.

39. Estaba ya ardiendo la hoguera, quando llegamos ambos a intervenir y pedir la vida de ellos, la que, a nuestros ruegos, concedió el señor comandante.

40. Dispuse que la doctrina de aquella tarde se hiziesse delante de la santa cruz del patio, a cuio pie, mandé amontonar todas las ofrendas idolátricas que, en la ocasión, se habían juntado; y, entre ellas, hubo un caxón que se había hallado casi lleno de ellas. Dilas todas al fuego, haciendo una luminaria, por cierto agradable al cielo, la qual hize más festiva con el cántico Bendito y Alabado, que, desde el principio, había enseñado a estos neóphitos míos. El Padre guardián Fr. Manuel reservóse sólo el referido *chimale*, para convencer de sus antiguas supersticiones y excesos a los pueblos de su administración.

41. Libré yo, de este gustoso incendio, una petaquilla de palma que contenía un pedacito de vidrio, labrado en forma de un animalito, de osico largo, con orejas y cuello y no más. Parecióme ser astita de algún vasito quebrado. Este vidrio estava envuelto en algodón limpio y metido en la petaquita. Supe que este mismo había sido el objeto de la falsa y diabólica adoración, en uno de los adoratorios recién destruidos, el qual había puesto, poco antes, uno de estos laguneros, inducido de un mal christiano del pueblo de Jesús María, donde tenía fama de hechizero, con nombre de Pedro Galván.

42. Este tal embustero había venido, ocultamente, el año antecedente, a *tatolear* y engañar a estos laguneros; y, dándoles el vidrito, dixo que éste había de ser su *Tatequat* que los libraría del *cocolisti* o epidemia, la qual había venido, desde México, cundiendo asta los pueblos y haciendas confinantes con esta sierra del Nayarit (a donde, por singular protección de Dios, finalmente, no ha llegado el contagio), que a este *Tatequat* habían de hacer su *hueicali* y allí invocar y adorarlo con ofrendas de flechas y demás cosillas, según lo usavan antes de ser christianos.

43. Eso me dio abundante materia de predicarles, en la ocasión, para su desengaño. Y porque conocieran la vileza del vidrio, tiréle por el suelo, dándole unas

pisadas, a la vista de todos, y concluí diciendo que Dios nos había preservado de la epidemia, por los repetidos y santos sacrificios que, a este efecto, le había ofrecido, y los santos rosarios que habíamos rezado a su santísima Madre de misericordia.

44. Por quaresma del año 1739, viendo ya estos neóphytos míos tan sujetos a la ley de su cristiandad, que confessaban sus pecados, mejor de lo que habían hecho los años antecedentes, y así dispuestos muchos de ellos a hacerse christianos por entero, recibiendo el santísimo cuerpo de nuestro Señor divino, procuré desarraigar, de sus corazones, el affecto que les podía haver quedado a su antiguo *Tatequat* de Quaimaruzi, convirtiendo el lugar de su diabólica superstición en un santo calvario.

45. Erigí, en el mismo, tres cruces bien altas, que se miran desde el llano del pueblo, siendo la más eminente la de nuestro Redemptor. Estrenóse el nuevo calvario con la processión de aquel Viernes Santo, la que se ha, exemplarmente, continuado, los años siguientes, con tanta effusión de sangre que iba teniendo las plantas de mis pies, de la que quedava encharcada en la tierra y pegada a las piedras por donde habíamos de subir y bajar, siendo todo el camino de las estaciones más que de media legua. Y puedo decir que las penitencias de estos neóphytos suelen llegar al exceso, que conocí en algunos de los flagelantes desmayados.

46. Omito otros acaecimientos menos notables que pudiesen ser de edificación y estímulo a los que se sintieran movidos de Dios a procurar la entera conversión de estos nayaritas. Juzgo, pues, ser suficientes los ya referidos a conocer la importancia de esta reducción de laguneros que, desde la conquista asta estos últimos años, siempre han sido tenido por los más perversos. Pero, por la gracia de Dios, ya están quietos y sujetos a la ley de christianos, en este su pueblo, donde, asta este mes de octubre de 1745, tengo numeradas 258 almas christianas de mi administración y, entre ellas, 45 pares casados, y bien asentados, en esta su tierra, la que les rinde buenos frutos y frutas para su sustento y comercio con los convecinos pueblos, cuios advenedizos vienen, por este tiempo, a comprarles las frutas sobradas; de manera que, atraydos de las conveniencias del terreno, vienen algunos a agregarse a este pueblo. Que, con eso, esperamos vaya creciendo y conservándose, para mayor gloria de Dios y eterna salvación de estas povres almas.

Jacome Doye, flandro-belga, misionero de la Compañía de Jesús en Quaimaruzi (Santa Teresa), de nayaritas laguneros.

### III - Comentarios

1. LOS MISIONEROS PUDIERON CONSEGUIR ESOS "TRIUNFOS" por su conocimiento de las lenguas indígenas y de las costumbres religiosas de la gente; también porque recibieron la decisiva ayuda de individuos (que no de los grupos): capitanes y principales que denunciaban las cuevas de los ídolos, en privado, al misionero, se desdecían en público. Además las relaciones con los ídolos eran el hecho de un linaje, de un clan, de una ranchería, de un pueblo, no de individuos aislados.

Así el P. Ortega cuenta como a 8 de enero de 1730:

... estando los nayares, con ocasión de unos casamientos suyos que aquel día se habían celebrado, enfiestados; cerca de la media noche llegó a tocar instantemente la puerta del dormitorio del padre Urbano de Covarrubias, uno de los indios más fieles, llamado Francisco Xavacue, suplicándole que prontamente le abriese, lo que ejecutó luego al punto el padre, por los prevenionales celos que ya tenía de resguardar a dicho indio de la cruel mano de sus compañeros; introdújole, y acariciándole benignamente, le preguntó qué cuidados le traían a aquellas horas, tan intempestivamente; respondió el indio (...): "yo te diré, padre, cómo están todas las cosas; estos nayares, por ser yo cristiano y fiel a Dios y a los padres y demás españoles, ni aun por prójimo me quieren reconocer, y como extraño y compañero vuestro, otra vez amotinados, me amenazan con la muerte, pretendiendo también quitar a todos vosotros las vidas, y yo pretendo que si por fiel me aborrecen, con todas veras lo digan de aquí adelante y me maten a vuestro lado, cumpliendo enteramente con mi obligación de fidelidad; sábetes pues, padre, que yo, por temor de éstos, hasta ahora había disimulado sus innumerables idolatrías y adoratorios falsos que han tenido y tienen, en donde, como siempre, lo acostumbraban. Antes de la venida del Sr. Obispo, y luego que ésta se publicó (1729), consultaron al demonio y este mal espíritu les respondió que con todo empeño, calumniándote ante S. Illma., saliesen al camino antes de llegar dicho Sr. Obispo, y con gran conato procurasen echarte de esta provincia o matarte; que no estando tú en ella, quien como más experimentado y antiguo estorbabas y deshaces con tanta eficacia sus malas artes, fácilmente acabarían con los demás padres, españoles y resto de esta pequeña cristiandad; hubo, para este fin, la más célebre junta ante su principal ídolo, que está en tal parte, alguna diversidad de pareceres, y principalmente yo, con ruegos y razones

instantes “que acaso me halle presente” les procuré persuadir con eficacia no ejecutasen tan escaminado error, por lo cual desde entonces más pertinaces me traen entre ojos, y despreciando mi consejo se fueron, en nombre de todos, fulano y fulano y zutano (mentando los nombres de su idioma, que ahora omito por no ser del caso) a verse con S. Illma en las primeras entradas de esta provincia, como lo ejecutaron; si bien retachados de la prudencia y sabiduría de tan gran Príncipe, volvieron corridos y mudaron de embajadores por nuevas marañas y descaminos, sin surtir nunca efecto que les fuese del caso, y por esta causa, recelosos de que yo los acabe de descubrir, pretenden quitarme la vida y acabar con otros dos hermanos que tengo.<sup>23</sup>

2. VALE LA PENA NOTAR LA TRANQUILIDAD con la cual el P. Doye narra sus hazañas extirpadoras. Habla de “cosas supersticiosas”, insiste en el papel de los ancianos (“los más ancianos, los más perversos”), de las “viejas” especialmente, como si se tratara de supervivencia ligada a la antigua generación (es el sentido etimológico de “superstición”) y menciona con indulgencia “la engañada sencillez de la mala vieja”. Subraya dos hechos: que esas prácticas son el hecho, no solamente de sus nayaes sino también de indios cristianos (no neófitos) y hasta de cristianos no indios; que esas prácticas obedecen a fines de defensa contra la naturaleza; parar la epidemia de cocoliste o prevenir un mal temporal. Por cierto ofrece alternativas a esos rituales: “Dios nos preservó de la epidemia por los repetidos y santos sacrificios que a este efecto le había ofrecido, y los santos rosarios que habíamos rezado a su santísima Madre de misericordia”. Planta cruces sobre los altares, incorpora piedras-ídolos a la construcción del templo, bendice alturas y cuevas, destruye ídolos a la vista de todos para que noten su impotencia.

Al mismo tiempo los misioneros saben ser prudentes y cambiar de métodos:

Son arbitrios que estilamos muy provechosos por la experiencia con que nos hallamos de la materialidad de esta nación, que respecto del gobierno de otras naciones, fueran yerros los que acá experimentamos por acertados medios. Acostumbramos una u otra vez, por pura permisión y suavidad de la prudencia, con nombre de licencia, no castigarles ni impedirles del todo el uso del vino tan antiguamente arraigado en ellos desde sus primeras niñeces; si bien con muchas modificaciones, condiciones y prevenciones, que la prudencia dicta, como es entre otras que sus mismas justicias les quiten de antemano las armas, velen y rondan al tiempo de

semejantes bebedizos, porque en semejante y otros puntos, tenemos presente el consejo de Jesucristo, de aguardar tiempo oportuno para que, sin riesgo de arrancar el trigo tierno, se aparte de la perniciosa cizaña que le vicia. A ocho, pues, de enero del presente año de 1730” (P.J. Ortega).

Esa “tolerancia” es tanto más sorprendente que los jesuitas abominaban esas borracheras en las barrancas que se terminaban “en tremulentos bailes y en los abominables excesos que, sin duda, hacían con las mujeres”. Conocían la relación entre borrachera e idolatría, mezcal, peyote, tabaco e idolatría, baile e idolatría. Sabían que todo esto tenía una dimensión social y que estaba ligado con la facultad de “hablar con el demonio” o de hacer hablar al demonio. Así en 1745 el buen Doye relata que de 1723 a 1745 bautizó a 1 337 gentes en el Rosario y San Juan pero que “aun quedan muy dados a sus antiguos vicios de idolatría y embriaguez”. De todos modos está seguro del triunfo: “los más perversos (...) por la gracia de Dios ya están quietos y sujetos a la ley de cristianos”. El éxito material del pueblo acompaña “el éxito espiritual.”(1745).

#### IV - Un cuento de nunca acabar

Diez años después el P.F.X. González se enfrentaría en la misión de Dolores con tal persistencia de las viejas “costumbres y supersticiones” que, después de buscar y destruir ídolos, terminó por cambiar la misión de lugar, para acabar con una geografía ritual imborrable:<sup>25</sup> “El pueblo todo esta perdido, porque todos los más son chaquareros\* y todos los más son idólatras”. Habla de “supersticiosos, diabólicos y torpes abusos.” “*Engañado del demonio* había curado y chacuareado” (por cierto la descripción del ritual corresponde a la forma “limpia” que se practica hoy en día —1992— en todo el país). Una vieja mujer tiene un papel muy importante pero se le tiene indulgencia por su “natural irracionalidad.” El P. Bartolomé Wolf califica el asunto de “errores”.

El asunto termina de manera espectacular cuando el pueblo exhorta al misionero: “Señor, no tengas cuidado, anda y saca esos diablos que hasta ahora nos han engañado”. El viejo chacuarero Diego Marnares lo lleva a una cueva de acceso muy difícil en

\* Chaquarero, chacuarero: de chacuaco, sahumero de barro, hechicero, brujo dogmatizador, sacerdote, curandero.

la cual están 5 esqueletos y 3 calaveras; luego lo conduce a otro lugar donde están las flechas, entre las cuales la famosa flecha del *Tajadsi*, salvado por Manares, en varias ocasiones en los últimos 30 años. Todo termina con una hoguera en la plaza del pueblo; después de quemar, delante de todos, los esqueletos, los magueyes, las flechas y los chacuacos, se incendia el pueblo y se dispersan, sin resistencia, las familias entre las otras misiones. Dos días después, Diego Manares, el "sacerdote de Ruacam", muere de muerte natural.

En los años posteriores, la lucha prosigue, pero los jesuitas ya no pueden contar con el apoyo de los comandantes españoles, situación de la cual se aprovechan sagazmente sus rivales, los "chacuaqueros" o "brujos". El resultado, se queja el P. Antonio Polo (1764) es que "esta boyante la idolatría, bailan los indios en la barranca sus mitotes gentílicos".

Poco después de la expulsión de los jesuitas (y del Cte. Oca quien resultó culpable de todo lo que le acusaban los jesuitas), entró un comandante Vicente Cañaveral quien se lanzó con ímpetu en una gran campaña de "estirpación de idolatrías" (1768).<sup>26</sup> Comprobó la acusación del P. Andrés Cano S.J. según la cual el Comandante Oca había dicho a los indios de Santa Teresa que "podían sin riesgo alguno adorar a sus dioses y hacer sus bailes more gentílico". Eso fue confirmado por Antonio López (a) Granito "sacerdote del ídolo mayor de la Mesa": "desde su conquista nunca han estado estos indios tan entregados a la idolatría como en tiempos de Oca."<sup>27</sup> En 45 días Cañaveral destruyó muchos "ídolos", luego en 1769 logró arrestar a Manuel I. Doye, "tumultuario e idólatra" de Santa Teresa desde 1758.

Los interrogatorios detallados que nos dejó Cañaveral<sup>28</sup> confirman la persistencia a la vez que el debilitamiento paulatino de las antiguas prácticas.

En 1769 el cura de Huejuquilla, el P. Bugarín, nada amigo de los jesuitas y protector de M.I. Doye, fue encargado por su obispo de visitar las misiones. En su informe inédito contesta que la instrucción cristiana de los nayaes es buena: conocen el Padrenuestro, los mandamientos del decálogo y los artículos de la fe; saben la doctrina en su lengua cora. Varios han dejado de confesarse en los últimos años (en tiempo del Cte. Oca) "por haber recaído en a idolatría pertinazmente". "La memoria de sus antiguos ritos y supersticiones sirve a los indios de ocasión para volver a los errores del tiempo de su gentilidad." Aconseja que no se permita sus "bailes, cantos sospechosos con ceremonias o voces, mitotes que acostumbran hacer con la bebida del peyote

cuando van a sacrificar a los ídolos, ni se les permita dicha bebida en sus fiestas, casamientos o bautismos." Concluye que se trata de "superstición", de un "error introducido por los indios viejos". "Siempre han estado inclinados a la idolatría y superstición que al presente se ha extendido mucho entre ellos, aunque se va reparando."

Por fin, en 1777, los franciscanos encargados de las misiones contestaron a un cuestionario típico del enciclopedismo de las luces, con sus apartados "de las antigüedades" y "vestigios".<sup>29</sup> En un tono pausado de arqueólogo y etnólogo los franciscanos hablan de la diosa Vrīma, destruida en 1772, y de los "diocecillos o ídolos". El P. Urbina menciona brevemente una "cueva muy poblada de huesos y calaveras, por lo que mas verosímil es que hubiera servido de panteón". El P. Comisario José Antonio Navarro escribe que "si quisiera poner todos los abusos, supersticiones que practican, era necesario formar un tomo". "Oratorios pajizos, cada día se les quitan y queman ídolos por lo muy inclinados que son estos indios a la idolatría, pues en 11 años (...) les habré quitado y quemado más de 200 adoratorios y más de 3 000 ídolos." No se hace ninguna referencia al diablo...

## V - Conclusiones

En sus misiones nayaritas, los jesuitas volvieron a encontrarse con la existencia de un "prójimo" radicalmente diferente, más diferente de ellos que el judío, el musulmán, el chino incluso. No se trataba de expulsarlo como al judío o como al moro, en otras épocas, tampoco lo podían proclamar "anatema" como hizo Israel con Canaan; tenían que convertir a su fe cristiana al indio, sujeto libre y protegido por la ley. Como dos siglos antes, "la conquista espiritual" se realizó y encontró sus límites. Con una diferencia: dos siglos habían pasado y en el noroeste de México, los jesuitas habían aprendido mucho de culturas que no tenían nada que ver con las civilizaciones del altiplano. Sus "adoratorios pajizos" distaban mucho del "Templo Mayor".

¿Cómo "civilizar" y cristianizar a la vez a esos "bárbaros"? Una vez más, ¿cómo conciliar el pasado prehispánico con el catolicismo? Pero, ¿el problema era, de veras, muy diferente de lo que había existido y seguía existiendo en Europa, después de 15 siglos de cristianismo? ¿Podían ignorar los jesuitas que los

“mitotes gentilicios” de los nayaes se parecían mucho a los “charivaris” de los campesinos europeos, podían ignorar que San Gregorio había bautizado fuentes y alturas, y que la “religión popular” de la Europa cristiana se parecía mucho, con sus “supersticiones” a la “idolatría” nayarita? Los soldados —y quizá los propios misioneros— llevaban escapularios y, entre sus ropas, imágenes de San Ignacio, imagen que, por cierto, se ponía sobre el cuerpo de la madre para aliviar un parto difícil. ¿Entonces? El sincretismo (la asimilación) es la cosa más natural del mundo. Los ensalmos pronunciados sobre los enfermos, los conjuros, las rogativas para las cosechas y el ganado... ¿“verdadera religión”? ¿superstición? En 1538 Pedro Ciruelo había inventariado en España “abusos” (en su *Reprovación de las supersticiones y hechizeras*) que se parecen mucho a las prácticas del Gran Nayar. En Francia, en 1679, el P. J.B. Thiers publicaba su *Traité de superstitions*, catálogo completo de todas nuestras “supersticiones”, de nuestra “religiosidad” mágica y paraliúrgica.

En el Nayar los jesuitas “triunfaron” de una tierra hostil, considerada inconquistable y de hecho inconquistada durante dos siglos. Por lo mismo se sintieron favorecidos por el cielo y no desmayaron en una labor de Sísifo. El optimismo de los primeros años no acabó en desilusión. Siguieron tercos en su voluntad de convertir a los indios; fueron servidores de los intereses del rey de España; mientras, no se les exigió dar la prioridad a la explotación de los recursos naturales y del trabajo de los indios. Se negaron a castellanizar a los indios y a permitir la entrada de los no indios a las misiones. A 23 años de su salida, el joven oficial Calleja propondría como solución, precisamente, la castellanización y la mezcla biológica, con la instalación de familias españolas en cada misión.

Su confianza inquebrantable descansaba posiblemente en su conocimiento de la gente, de su idioma, del país y en lo que llamaremos una verdadera vocación. Unos pocos hombres (6 ó 7 a la vez) pasaron casi toda su vida en el noroeste y entre 10 y 30 años en el Nayar: F.X. González, Bartholomé Wolff, Francisco de Isasi, Joseph García, Jacomo Doye (en 1714 en la Tarahumara, 1729 en el Nayar hasta su muerte en 1749), Joachin de Pozo, Joseph Rincón, José Ortega, realizaron lo que hoy en día se llama una “enorme inversión personal”. Todos aquéllos hablan mexicano y cora (para no mencionar las lenguas de las Pimerías, de la Tarahumara etcétera).

Una excepción es el P. José de Abarca (1750) quien dura poco en Guaynamota. Se queja de “las fieras y (de) los indios brutos a ellas semejantes”. Piden su relevo y comentan que “no tiene genio para indios, no ha podido aprender ni un vocablo”.

Ortega, nacido en Tlaxcala en 1700, llegó al Nayar casi al principio. En 1729 había publicado ya un vocabulario cora. Se quedó más de 20 años y firmaba “su indio Ortega”. En sus cartas abundan las expresiones como: “indios hay y eso basta para vivir alegre”. En 1745 cuando un visitador quiso desplazarlo de su querido Jesús María escribió: “creyendo que había que tener la gloria de morir entre mis indios, hijos de mis dulces trabajos” (morirá en 1768, al llegar a España, en el puerto, después de la expulsión). Se defendió en esos términos de la acusación presentada por el visitador según la cual “los padres pegan al corazón a sus indios”. “Pues yo digo de mí que me handen quitando porque esponiendome con indios los meto dentro de mi corazon. Acuerdome que el venerable padre Zapa que murio en san Gregorio, suplicandole a la virgen que hablaba con el padre y que por esto le tienen especial veneración los padres de san Gregorio, que le manifestara su gusto y lo que quería de él, le respondió la santa, *que te aindies*”.<sup>30</sup>

¿Qué juicio podemos intentar sobre la obra de aquellos hombres? ¿Su empresa fue noble o ilegítima? ¿Utópica o realista? ¿Mala o buena? ¿Tiene caso hacer esas preguntas? ¿Se vale? Nuestros misioneros enfrentaron las grandes preguntas que plantearían más adelante las ciencias sociales, preguntas que nos seguimos planteando y que son las de la antropología, en el sentido más amplio que va de la teología a la política, que incluye la inserción del hombre en el cosmos, las relaciones entre individuo y colectividad, el orden social, la cultura, etc. Perseguían la salvación de las almas y abrazaron todo esto.

Podemos denunciar la dimensión destructora de su empresa (y también denunciar la misma dimensión en los internados indigenistas del siglo XX). Yo no uso los términos “etnocidio cultural” pero se entiende lo que condena. Ahora bien, esos “energúmenos demoleedores” si bien destruyeron mucho, también salvaron mucho. Sus informes, sus descripciones nos dejan una aportación documental inmensa. Se apasionaron por el adversario, lo estudiaron y en buena parte lo entendieron mejor que nosotros. Hicieron labor de arqueólogos,

etnólogos y lingüistas y sus escritos pueden aportar mucho a esas disciplinas.

¿Vale la pena contestar a la pregunta de si fue eficaz la "extirpación" de las idolatrías? Aparentemente no lo fue ya que el siglo terminó, aparentemente también, como empezó. En realidad, los coras fueron cristianizados y a la vez conservaron mucho de su pasado: como sucedió con los europeos, como los germanos, los polacos, los lituanos, los rusos. Saliendo del cristianismo, pasando al judaísmo encontraríamos exactamente el mismo fenómeno: ¿alguna vez lograron los profetas extirpar totalmente el culto de los baales? Tan pronto como se ausentó Moisés, su hermano a solicitud del pueblo, levantó un ídolo, el becerro de oro, el becerro de los egipcios. Fin de paréntesis.

Triunfó un proceso de aculturación religiosa, descrito dos siglos antes en el Perú: "No son tan idólatras como solían ser ni son cristianos como deseamos y así cojeando con entrambos pies acuden a lo uno y a lo otro."<sup>31</sup> ¿A poco ha muerto en nosotros "el hombre viejo" mencionado por Pablo de Tarsa? No terminará nunca el esfuerzo de la Iglesia —institución para dar una forma existencial y social a las necesidades emocionales y a las pulsiones del alma colectiva. La integración total de la vida cotidiana es la necesaria ambición de la Iglesia, pero esa necesidad impone una tensión aculturadora: Concilio de Trento, Siglo de las Luces, siglo XIX, Vaticano II... La Iglesia busca siempre depurar el magma histórico-antropológico original.

Donde la Iglesia-institución denuncia supersticiones y "abusos", tengo la tentación de ver "usos". El historiador sabe que en Rumania hoy, como en México hoy, como en Francia ayer se deposita comida en las tumbas, el 2 de noviembre; que en Rumania, frente a la fosa abierta y en presencia del sacerdote, se le ofrece aguardiente al muerto, antes de cerrar la tapa de la caja, y la botella circula entre los vivos; el historiador sabe que los santuarios europeos, los lugares de pregrinación tienen raíces precristianas: Cibeles, Mitra, Isis, la prehistoria megalítica; aquí lo prehispánico está presente en Chalma, en el Tepayac y por todos lados. Una sana teología de la encarnación nos permite ver con calma la continuidad ritual, cultural, cualquiera que sea el culto, la sacralización a lo largo de los milenios. ¿Qué le hace? Sólo la intención importa. Pascal lo dijo *Qui veut faire l'ange, fait la bête*, y estaríamos muy equivocados si despreciáramos el patrimonio de la primera humanidad, la que enfrentó, desnuda, las fuerzas de la naturaleza cósmica, animal, mental.

Me faltan los conocimientos para hacer comparaciones necesarias con las otras misiones de la Compañía de Jesús, en México y en América, en la misma época, en otras épocas —con las misiones de los franciscanos y de otras órdenes: en nuestro caso, habría de compararse los huicholes, en su relación con los franciscanos, a los coras ligados a los jesuitas, y llevar la comparación hasta la situación presente.

Me gustaría comparar la posición de la Compañía frente a esos indios y su posición frente a los indios de la India y a los chinos. Claro, los jesuitas admiraban la alta civilización china o india, por eso se hicieron chinos con los chinos y respetaron sus costumbres, para mayor indignación de muchos cristianos europeos (1715, 1742); mientras que en el Nayar no podían admirar nada, sino al indio como criatura de Dios. Se lanzaron al "rudo ensayo" y algunos quisieron a ese "prójimo" hasta "aindiarse".

Lo único que puedo decir es que en el Nayar no hubo "desastre" como en California,<sup>32</sup> ni derrumbe demográfico, ni desaparición de las lenguas, ni tampoco de las costumbres.

En este fin de siglo, el diálogo-enfrentamiento del Gran Nayar del siglo XVIII me lleva, como cristiano, a preguntas que no debería despreciar el antropólogo agnóstico. El P. Malebranche usaba la palabra "antropología" (en plural, "antropologías") en el sentido de palabras de Dios al hombre para decirle que es el hombre. Diderot, en el artículo *Anthropologie* de la *Encyclopédie* recuerda ese viejo sentido; 50 años después, la antropología pertenece exclusivamente al hombre y deja a los clérigos el discurso sobre Dios, llamado "teología", la cual descubre en nuestros días que necesita el complemento de una "antropología cristiana". No me interesa esa "antropología cristiana" porque no me toca la pastoral, pero me interesa la antropología religiosa como estudio del "vivir" religioso en una sociedad histórica. Ahora, los eclesiásticos y sus asesores laicos harían bien en tomar en cuenta *todo* el "vivir" religioso, "*vox et vita populi*" confundidas, tanto más cuando este pueblo es el pueblo de Dios.

Allende la Iglesia, ¿qué significan para el cristiano, las religiones de los coras y de los huicholes? ¿Por qué los católicos decidieron, equivocadamente opino yo, cerrar la vía abierta por los jesuitas en la cuestión de los ritos chinos? Alguna vez hubo (y hay) cristianos para afirmar que Sócrates y los padres de los aztecas están en el infierno. ¿Qué interrogación plantea al cristiano la persistencia del judaísmo? ¿Qué misterio encierra para él el Islam? En este tenor, las preguntas no se acaban...

Notas

- 1 Asunción Lavrín. Misión de la historia e historiografía de la Iglesia en el periodo colonial americano. *Anuario de estudios americanos* XLVI-2 1989: 11.
- 2 Alphonse Dupront. *Du sacré*. París 1987: 228-229.
- 3 Blaise Pascal. *Pensées*, in O.C. París GLM 1954: 1344.
- 4 Pierre Duviols. *La destrucción de las religiones andinas*. UNAM, 1979: 293. Primera cd. en francés 1971.
- 5 Sobre ese tema, véase el P. Diego Durán (*of.p.*) *Ritos y ceremonias* (1570) para la Nueva España, y el P. Cristóbal de Molina el cuzqueño *De las fábulas y ritos de los ingas* (1575) para el Perú.
- 6 Duviols *op. cit.*: 172-173. Cita a Acosta *De procuranda*.
- 7 Citado por Duviols *op. cit.*: 303. Texto de 1578, Perú.
- 8 Citado por Duviols *op. cit.*: 303.
- 9 Acosta, Historia vi (28): 208.
- 10 Véanse Carmen Bernard y Serge Gruzinski.
- 11 En los Andes, los hermanos Ulloa llegan a la misma conclusión (*Noticias secretas de América*, Madrid 1982, 2 vols.).
- 12 Jean Meyer *El Gran Nayar*, t. III de la *Colección de Documentos para la historia de Nayarit*. México 1989. CBMCA / Universidad de Guadalajara.
- 13 "El rudo ensayo" del P. Nentwig.
- 14 J. Meyer *El Gran Nayar op. cit.* cap. XIII, la vida cotidiana.
- 15 J. Meyer *op. cit.*: 181.
- 16 Matías de la Mota Padilla, citado por J. Meyer en *El Gran Nayar*: 15, 17 y 19.
- 17 *In Meyer op. cit.*: 33-36.
- 18 *Id.* capítulo IV, autos publicados por Roberto Moreno de los Arcos (*Tlalocan*, UNAM, 1985: 377-447).
- 19 Cit. por Jean Meyer: 44.
- 20 Jean Meyer *op. cit.*: 61-62.
- 21 Pierre Duviols *La destrucción de las religiones andinas* UNAM 1979: 317-318.
- 22 J. Meyer *op. cit.*: 89-94.
- 23 *Idem*: 57-58.
- 24 *Idem*: 57.
- 25 *Idem* capítulo XIV La mudanza de la misión de Dolores: 121-158.
- 26 *Idem* cap. XV: 159-197.
- 27 *Idem*: 182 y 190.
- 28 Marie-Areti Hers. Los coras en la época de la expulsión de los jesuitas. *Historia mexicana* 1977-1 y J. Meyer *op. cit.*: 185-192.
- 29 J. Meyer *op. cit.* cap. XVI.
- 30 *Idem.*: 104.
- 31 Duviols *op. cit.*: 436.
- 32 Ignacio Río. *Conquista y aculturación en la California jesuítica* 1697-1768. UNAM 1984.

Thomas Calvo:

Guadalajara y su región en el siglo XVII

(2 vols.)

\* Tomo I, *Población y economía*, 1992, 490 págs., 10 mapas, coedición con la Presidencia Municipal de Guadalajara (Ayuntamiento de Guadalajara).

\* Tomo II, *Poder, religión y sociedad*, 1992, 423 págs., coedición con la Universidad de Guadalajara. ISBN 968-6029-21-4.